



Oil Imenod

Barón de Münchhausen
Mi cuarto es mi castillo

De rabos, pollos y ahorcados

Pues érase, Señor, que habiéndome yo propuesto llevar a cabo mis cábalas y averiguaciones al respecto de las distintas cosas que pudieran significar la ética y la moral, fuíme haciendo acopio y buen apaño de cierto material filosófico y literario que pudiera serme de utilidad y provecho a tal menester.

Y fue así como topé con ciertas consideraciones del señor Bertrand Russell sobre si el conocimiento de las cosas, tanto las materiales como las tocantes al espíritu, pudiera alcanzarse por vía de la inducción, y si este dicho conocimiento fuese de la misma calidad y altura de convicción que el que alcanzamos por la vía llamada deductiva.



Vinieron entonces a mi memoria los tiempos en que el Licenciado don José Colio nos enseñaba estos métodos para alcanzar el conocimiento y los saberes sobre las cosas de la Tierra y hasta de la Creación entera, y aunque fueran claramente materia de la Lógica y no de la Ética, me entretuve complacido en recordar aquellos silogismos aristotélicos, que fueron, como vuesa merced sabe, nuestro primer balbuceo en el arte de la Filosofía.

Silogismo deductivo:

<i>Premisa mayor:</i>	<i>Todos los hombres son buenos;</i>
<i>Premisa menor:</i>	<i>yo soy hombre,</i>
<i>Conclusión:</i>	<i>luego yo soy bueno.</i>

Silogismo inductivo:

*Premisa primera: Micifú, Luchín y Michín son gatos;
 Premisa segunda: Micifú, Luchín y Michín tienen cola,
 Inferencia: luego todos los gatos tienen cola*

Y quiero que conste a vuesa merced, que siempre pensé que en ambos silogismos había gato encerrado; fuera en sentido figurado en el primero dellos, y literalmente en el segundo. Porque, Señor, yo tenía por cierto y bien sabido, por mis obras y mis muchas averiguaciones personales, que la conclusión del primero de los silogismos del señor don José era totalmente falsa si a mi humilde persona se aplicara, y que el gato había de estar en alguna de las premisas, si no en las dos.

Pero el segundo silogismo siempre lo creí a pié juntillas. Lo creía yo y lo creíamos, porque lo sabíamos y habría sido necedad el contrariarlo, todos los mozalbetes del pueblo. Mas he aquí, que venidos a mayores y habiendo viajado y oído lo que otros viajeros han contado, cualquiera sabe hoy en día que en la isla de Man, situada en el Mar de Irlanda, los gatos no tienen cola. Y dejando aparte que en nuestra infancia era creencia extendida que los únicos seres carentes de cola eran los acólitos, y por eso fuera el tan grande desprestigio que pesaba sobre los que ayudaban a misa, dejando esa creencia aparte, digo, el descubrimiento de los gatos sin cola de la isla de Man creóme una gran desazón que afectó a los mismos cimientos del edificio científico construido por otros hombres sabios que nos precedieron.



Llovió sobre mojado luego, mojando el valor epistemológico del método inductivo, cuando el Sr. Russell nos obsequió con el ejemplo ampliamente conocido como el pollo induccionista, el cual paso a dar a vuesa merced puntual reseña:

Dice el matemático filósofo, que para cualquiera es obvio que el sol saldrá al amanecer de mañana porque así lo ha hecho invariablemente todos los días (because it always has risen every day); que es la experiencia la que nos dice que la repetición de una causa o de una coexistencia de sucesos nos da pié a esperar la misma serie o coexistencia la próxima ocasión.

Y después de una muy cumplida exposición de razones y situaciones de todo género, con las que no quiero fatigar ni robar a vuesa merced su tiempo, que sé que lo tiene

bien tasado y requerido en otros menesteres, viene a decir que el pollo que todos los días es alimentado por un hombre, ha de sufrir gran frustración y descontento la mañana en que éste, inesperadamente, le retuerce el pescuezo (the chicken which unexpectedly has its neck wrung).

Estos hechos y consideraciones sorprendentes que expongo a vuesa merced, fueron clave en el drástico cambio experimentado en mi forma de ver las cosas de este mundo. Un cambio por el que ahora siempre pongo cautela en creer lo que me dicen acerca de lejanos o ajenos territorios, y pongo asimismo prudencia a la hora de juzgar y tomar decisiones. Y cautela y prudencia en grandes dosis fue lo que encontré cuando leí la forma de solucionar todos los enredos a los que era sometido el sabio escudero don Sancho cuando fue elevado al cargo de Gobernador de la Ínsula Barataria.

Considero de especial interés, para ilustrar mi referencia a tan prudente proceder, el relataros cómo Sancho Panza resuelve el enorme problema que le fue planteado en una de las sesiones a las que le obligaba su responsabilidad de gobierno y en las que tenía que escuchar y decidir con justicia.

—Señor, un caudaloso río dividía dos términos de un mismo señorío... Y esté vuesa merced atento, porque el caso es de importancia y algo dificultoso. Digo, pues, que sobre este río estaba una puente, y al cabo della, una barca y una como casa de audiencia, en la cual de ordinario había cuatro jueces que juzgaban la ley que puso el dueño del río, de la puente y del señorío, que era en esta forma: "Si alguno pasare por esta puente de una parte a otra, ha de jurar primero adónde y a qué va; y si jurare verdad, déjenle pasar; y si dijere mentira, muera por ello ahorcado en la horca que allí se muestra, sin remisión alguna".



Sucedió, pues, que tomando juramento a un hombre, juró y dijo que para el juramento que hacía, que iba a morir en aquella horca que allí estaba, y no a otra cosa. Repararon los jueces en el juramento, y dijeron: "Si a este hombre le dejamos pasar libremente, mintió en su juramento, y, conforme a la ley, debe morir; y si le ahorcamos, él juró que iba a morir en aquella horca, y, habiendo jurado verdad, por la misma ley debe ser libre". Pídesse a vuesa merced, señor gobernador, qué harán los jueces de tal hombre; que aun hasta agora están dudosos y suspensos.

Venga al punto, vuesa merced, de reparar en que, por diversión, y desde la soberbia que les mueve, estos señores han planteado a Sancho un arduo problema que encierra una grande paradoxa, la cual consiste en un enunciado o argumentación que lleva a dos conclusiones que se excluyen una a otra.

También es bueno que vuesa merced compruebe cómo para ese día, con tantas pruebas y zozobras acumuladas, Sancho es ya maestro de prudencia y muy lleno de cautela se hace repetir el relato, mientras va en su magín elaborando la respuesta.

A lo que respondió Sancho:

—Por cierto que esos señores jueces que a mí os envían lo pudieran haber excusado, porque yo soy un hombre que tengo más de mostrenco que de agudo; pero, con todo eso, repetidme otra vez el negocio de modo que yo le entienda; quizá podría ser que diese en el hito.¹



Hízose, pues, Sancho repetir varias veces lo que el preguntante le exponía, y finalmente lo expresó de nuevo en sus propios términos:

1. Que acertase.

—A mi parecer, este negocio en dos paletas le declararé yo, y es así: el tal hombre jura que va a morir en la horca; y si muere en ella, juró verdad, y por ley puesta merece ser libre y que pase la puente; y si no le ahorcan, juró mentira, y por la misma ley merece que le ahorquen.

—Así es como el señor gobernador dice —dijo el mensajero—; y cuanto a la entereza y entendimiento del caso, no hay que pedir ni que dudar.



—Digo yo, pues, agora —replicó Sancho—, que deste hombre aquella parte que juró verdad la dejen pasar, y la que dijo mentira la ahorquen, y desta manera se cumplirá al pie de la letra la condición del pasaje.

—Pues, señor gobernador —replicó el preguntador—, será necesario que el tal hombre se divida en dos partes, en mentirosa y verdadera; y si se divide, por fuerza ha de morir, y así no se consigue cosa alguna de lo que la ley pide, y es de necesidad expresar que se cumpla con ella.

Y es cuando venimos a la parte ética del relato, y vuesa merced entenderá por qué lo traje yo aquí a relación siendo una paradoxa; que nada tienen éstas que ver con las cosas morales que nos inquietan, sino más bien con las del ingenio y la agudeza.



—Venid acá, señor buen hombre —respondió Sancho—: este pasajero que decís, o yo soy un porro, o él tiene la misma razón para morir que para vivir y pasar la puente; porque si la verdad le salva, la mentira le condena igualmente; y siendo esto así, como lo es, soy de parecer que digáis a esos señores que a mí os enviaron que, pues están en un fil² las razones de condenarle o asolverle, que le dejen pasar libremente, pues siempre es alabado más el hacer bien que mal; y esto lo diera firmando de mi nombre si supiera firmar, y yo en este caso no he hablado de mío, sino que se me vino a la memoria un precepto, entre otros muchos que me dio mi amo don Quijote la noche antes que viniese a ser gobernador desta ínsula; que fue que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese a la misericordia; y ha querido Dios que agora se me acordase, por venir en este caso como de molde.

2. Están en el fiel de la balanza.

Que las cosas, tal como son realmente, se ocultan muchas veces al conocimiento de los hombres, y que éstos llegan a conclusiones falsas como que todos somos buenos y que todos los gatos tienen rabo, habrían quedado bien patentes a vuesa merced, de haber sabido yo exponerlas con el acierto y lucidez de Sancho. Mas la pobreza de mi relato no pudiera haber encontrado mejores entendederas ni mayor sagacidad que las que a vuesa merced adornan, con lo que la abundancia de éstas viene a compensar la escasez de aquélla.

Guarde Dios a vuesa merced como puede, por buena ventura mía.

Oil Imenod
Barón de Münchhausen
Febrero 2008